



Juan A. Contreras  
Profesor Jubilado

# Las dos violencias

*Es probable que muchos de nosotros hayamos sido protagonistas o acaso meros observadores de algún acontecimiento como el ocurrido en Valencia en el que se enfrentaron dos violencias, la estatal, que como no encuentra nada por encima de ella, es por lo que se hace llamar legítima, y la otra, la de los que están indignados, la de los que están abajo, la de los que reclaman algo a los de arriba.*

**ES LA MISMA** historia de siempre: la alternativa entre los poderes de este mundo por una parte y la justicia por la otra. Probablemente el desarrollo de los acontecimientos pudo ser más o menos así:

El ruido oscilante de las sirenas se hace oír desde diez minutos antes. Los alumnos acumulan pupitres y sillas y acercan como pueden los contenedores de papel ardiendo a la entrada. De las furgonetas azules con las ventanas enrejadas y unos plásticos de colores en el techo, salen unos agueridos trabajadores, con monos azules, casco (artículo de ropa para caballero que procura fortificación contra la artillería enemiga), escudo y lanza-granadas. Codos y rodillas con arrugas como artejos de escarabajo. Recuerdan a gigantes guerreros de la Edad Media. Gritos, cantos, saltos, insultos y algún puño en alto colaboran en la hiperventilación de los adolescentes (produciéndoles una alcalosis respiratoria que les va a hacer llegar a un estado de arrobo semejante al inducido por las anandaminas del cáñamo o por las danzas vudú). Pintadas con spray pidiendo la dimisión del Jefe Superior de la policía del País Valenciano, Antonio Moreno, se confunden con las que hay debajo. Porras. Un embudo con micrófono amplifica la voz del capataz. Más abucheos. Destellos de metal. Las porras golpean los escudos y las correas ajustan los cascos. Una gran tenaza corta la valla. Explosiones. Más humo. Pitidos de silbato. Confusión. Carreras. Lanzamiento de piedras, cepillos de borrar las pizarras, sillas, latas de refrescos de la cafetería. Caen algunos al suelo. Llegan padres exigiendo y madres llorando. Alguno con las dos manos sujetándose la cabeza como si tuvieran una terrible jaqueca. Sangre. Sirenas de ambulancia y de la policía. A uno en el suelo le están apaleando entre tres. Le arrastran cogido del pelo y de un brazo, le obligan a enderezarse para meterlo en un furgón. La cazadora, regalo de su abuela por lo bien que se porta últimamente, hecha trizas. Otro sale de su autismo

gritando: ¡cabrones! e intenta rescatar al que está siendo apaleado y arrastrado entre tres. Una zancadilla de un mono azul y un contundente porrazo en la cabeza le tiran al suelo y le hacen perder las gafas. Torpe, las recoge y se va a cuatro gatas a sentarse en el bordillo de la acera. Los dedos acartonados y con tierra, le duelen. La nariz le moquea. Sus recuerdos son sangre. Trombocitos que pegan como un torbellino los libros de texto en su cabeza. Su pecho se hincha y se vacía profundamente; se hincha y se vacía. Llamaría a su madre, pero igual le regaña por meterse donde no le llaman. Llamaría a su novia, si la tuviese. Llamaría a un amigo, pero a saber dónde se encuentra en ese momento. Los olmos tosen alrededor de él. Los pantalones parecen de camuflaje, salpicados de hierba, tierra y asfalto. Va a ser difícil quitar las manchas de sangre y alquitrán. Suda un olor ácido de tomate. Pa que aprendas so gillipollas, te tenemos que dar las hostias que no te dieron tus padres. A ver si así dejas de ser un marica.

El policía no sabe hasta qué punto puede tener razón: El cerebro se parece a un ordenador de última generación: cuando se apaga y reinicia, vuelve con un montón de actividad que puede producir cambios. Y, tal vez, cambios que no les gustarán a los de arriba.

El filósofo Zizek cuenta una vieja historia acerca de un trabajador sospechoso de robar en el trabajo: Cada tarde, cuando abandonaba la fábrica, los vigilantes inspeccionaban cuidadosamente la carretilla que empujaba, pero nunca encontraban nada. Finalmente, se descubrió el pastel: ¡lo que el trabajador estaba robando eran las carretillas!

De igual modo, tenemos muy presente las señas de violencia subjetivas (realizadas por sujetos concretos), ya sean crímenes o disturbios (como los de Valencia), ya que son directamente visibles, practicadas por agentes que podemos identificar al instante (en nuestro caso: los estudiantes y los policías). Pero también necesitamos percibir los contornos de la violencia objetiva o estructural, es decir, el trasfondo que genera tales arrebatos, ya que los policías podrían ser considerados tan sólo como los "burócratas al nivel de la calle" que "representan" al gobierno de cara a la gente, aunque no dejen de tener su cierta autonomía e historia detrás o, como se dice ahora, su propia cultura, su propia manera de ver y hacer las cosas.



En las democracias occidentales podemos advertir una transformación radical de las estrategias en el control del orden público y en las técnicas y prácticas operativas asociadas: se ha pasado, en general, de un modelo de escalada

de fuerza a uno de control negociado, especialmente después de la época de Fraga al frente del ministerio de Gobernación, con los cinco obreros muertos y más de cien personas heridas en el asalto a la iglesia de San Francisco de Asís en Vitoria. La "calle era suya". Y, todavía hoy, el modelo de escalada de fuerza se sigue reservando para los "márgenes", es decir, para los okupas, "hooligans", antisistema, los estudiantes valencianos,..., distinguiendo así entre manifestantes "buenos" y "malos". Los estudios comparativos en varios países occidentales muestran que las represiones duras tienden a desanimar la protesta pacífica al mismo tiem-

po que animan a los más radicales.

La sociedad de la abundancia e individualista en la que se convirtió la española después de veintitantos años de prosperidad procura hoy drenar, controlar y massmediatizar estas fuerzas que pueden irrumpir en la escena política en lugar de mandar a la policía "social" y a los "grises" a controlarla. Sin dorar las porras de los guardias los gobiernos pierden legitimidad. Por ejemplo: todos los medios de comunicación de la derecha, es decir, casi todos los existentes, se volcaron en el descrédito de los manifestantes valencianos y en la justificación de la violencia legal.

Estamos en una sociedad que se ve a sí misma hiperactiva y pacificada, aunque por debajo sea pasiva y violenta: La gente se lava la cara y los dientes, velozmente toma el desayuno con un pie en el automóvil y el otro en la almohada, corre enseguida detrás de un resplandor, regresa a casa con la cara asustada y un anillo de nada en la mirada. En toda esta rutina diaria la violencia subjetiva nos parece absurda, anómala. Aunque, por otro lado, consumimos violencia diariamente: noticias de actualidad, novelas, películas, asesinatos, violencia de género, terrorismo, revoluciones, amenaza atómica, etc., y... nos obsesionamos por la seguridad.

Como muchos españoles se han convencido de que todo intento de cambiar las reglas sociales conduce al desastre, se resignan a seguir con lo que tienen, a que no los saquen del invernadero, a esperar a que no les toque lo peor y a que escampe pronto. Si rezar es bueno, asegurarse es mejor. Pero desde las últimas décadas del siglo pasado los ricos de verdad han perdido el miedo a que los desbanquen, ya fuesen los jacobinos, los anarquistas, los comunistas, los del Mayo del 68 o los antiglobalización. ¿A qué revolución van a temer hoy día los banqueros? Ahora mismo la violencia sistémica no tiene oponente. Son los empresarios, banqueros, etc. que rechazan al Estado y lo tratan como una potencia extranjera a la que utiliza a favor de sus intereses. Son los que se ven animales bien vestidos. Son las que parecen faisanes con el cuello de jirafa y las piernas de panteira. Son los que manejan un tiburón en lugar de un automóvil. Y todos se mueven con gracia para desgracia de todos y todos tie-

nen cabellos de oro y teléfonos de seda. Sólo les falta la luna para tenerlo todo.

Mientras, a los dirigentes políticos se les ve la cola de mono en sus cerebros gorroneando los plátanos del común; en ellos campa la corrupción, correlativa con la decadencia del respeto hacia la cosa pública y, entre los dominados, se echa mano de la religiosidad personal, ya sea la tradicional o la nueva, sin mucha convicción, y, por supuesto, también se echa mano del entretenimiento, asociados ambos a la desesperación respecto a los medios temporales. Unos dirigentes "serios", responsables, es decir, que saben lo que le conviene al pueblo, incluso a su pesar y, que en el colmo de la ingratitud, salen a la calle a protestar.

La violencia estructural o sistémica se ejerce tanto por medio del lenguaje como por el funcionamiento con pocas fisuras de nuestro actual sistema económico y político. La violencia subjetiva se ve como una perturbación del estado de cosas "normal", mientras que la violencia objetiva suele permanecer invisible, como el robo de las carretillas en el "chiste" del filósofo Zizek. Algo así como la famosa "materia y energía oscuras" de la física actual, que entre ambas representan el 96 % de la materia-energía que existe en el Universo y que se intuyen por los efectos que producen pero que permanecen desconocidas. La violencia objetiva puede ser invisible, pero debe tomarse en cuenta si uno quiere aclarar lo que de otra manera parecen ser explosiones "irracionales" de violencia subjetiva.

Cuando los medios de comunicación nos bombardean todos los días con "la crisis", uno debería siempre tener en cuenta que una crisis económica concreta sólo es el resultado de una conjunción de factores, sobre todo políticos, culturales e históricos. Y, para preservar la paz del mercado, el estado liberal, como cualquier otro Estado, ejerce la mano dura de la policía y la no menos dura del poder judicial, el cuchillo y el tenedor del poder estatal. Ya se encargó la responsable de la policía valenciana de avisar a los padres de que los detenidos iban a quedar con antecedentes policiales que les dificultarían su posterior búsqueda de empleo y de becas.

Todos sabemos y estamos padeciendo que el sistema capitalista es una enloquecida y autoestimulada circulación del capital que

continúa su rumbo ignorando cualquier respeto por lo humano o por el medio ambiente. Ante este furor uterino el destino de un estrato completo de la población (clase baja y media), o incluso de países enteros, puede ser determinado por la danza especulativa, que sólo se mira el ombligo, del capital. Un sistema que persigue su meta del beneficio de forma "objetiva", natural, darwinista, con total indiferencia sobre cómo afectará dicho baile del vientre a la realidad social. Un sistema que ha conseguido ir más allá de Copérnico: el hecho primordial de la Modernidad no es que la Tierra gire alrededor del Sol, sino que el dinero gire en torno a la Tierra. Desde la crisis, lo que se está produciendo es un aumento del sufrimiento para la gran mayoría de los trabajadores, mientras que se va abriendo de par en par la puerta a los excesos del consumo grotesco de unos pocos. Esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus malvadas intenciones, sino que es puramente objetiva, sistémica, anónima. Es más, un país puede tener una economía aparentemente "sana" y sin embargo tener sus cárceles a rebosar, dejar en la miseria a millones de habitantes y permitir un deterioro ecológico galopante. Resulta cuando menos paradójico que según la Señora capitalista sea el espejo del baño el culpable de su ruina y su vejez. Al despojar al capitalismo de las instituciones y prácticas que lo hacían soportable en el "Norte", el neoliberalismo ha hecho visibles sus defectos constitutivos, pero esos defectos siempre han estado ahí, y, posiblemente, la única manera de eliminarlos es derribando el propio capitalismo.

Y, para colmo, con el consentimiento ideológico de buena parte de la población. Max Weber dijo que los dominantes necesitan siempre una "teodicea de sus privilegios", es decir, una justificación teórica de que son unos privilegiados. Vamos, más o menos lo que ocurre con nuestro líder mundial, el autoconsiderado reino de los cielos sobre la Tierra: EEUU (aunque ahora ni siquiera la economía la tiene sana de tanto baile especulativo), con su idea central de que la competencia es el magma del que fluirá el orden, el bienestar, la paz y la justicia social (Platón ya tenía una visión del mundo bastante parecida). Se ha pasado así de la confianza en el pueblo a la confianza en los mercados que pondrán las cosas (a los países y a los individuos) en su sitio. Y al que no esté de acuerdo: palo y ley.

**Esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus malvadas intenciones, sino que es puramente objetiva, sistémica, anónima**